que esta tenga consigo caracteres evidentes de divinidad. Rousseau dice muchas cosas sobre este particular, á las cuales suscribimos; pero es sofística la aplicacion que de ellas hace á la esencia y al fondo del Evangelio.

Hay que distinguir dos principios:

Primero: Abstraccion hecha del fondo de la palabra de Dios, la divinidad de esta palabra debe certificarse por medio de signos evidentes. Dios ha hablado: he aquí el punto sobre el cual debe versar la evidencia. Es un hecho puro y simple.—Certidumbre.

Segundo: La palabra de Dios en sí misma, y la accion de Dios en sí misma no pueden ser enteramente comprensibles. Deben de necesidad esceder nuestra comprension y ofrecer á nuestro entendimiento cosas inconcebibles, y á las cuales debe este someterse.—Misterio.

Esta sumision, ademas de ser necesaria, es justa y racional, porque es *ecsigida* en virtud del segundo principio, está *justificada* por el primero, y la razon no hace mas que obedecerse hasta cierto punto á sí misma, sometiéndose á lo que ha reconocido venir de Dios, y adorando el *misterio* sobre el fundamento de la *certidumbre*.

Seria irracional partir del segundo principio, de la oscuridad de los misterios y de la necesidad de someterse á ellos para frustrar la razon del derecho natural que ha de comprobar los títulos de su sumision en virtud del primero: este esceso está recientemente condenado por la Iglesia.

Es tambien irracional llevar la aplicacion del primer principio al dominio del segundo, ecsigiendo que todo sea claro, luminoso y radiante de evidencia en el seno de la Religion, aparte de la certidumbre adquirida de su divinidad.

El primer error suprime la *razon;* el segundo suprime la *fé:* la *fé racional* consiste en el respeto y concordancia de los principios.

Una vez reconocido por Rousseau que la divinidad del Evangelio tiene *caracteres claros é inimitables,* ¿qué importa que *este mismo Evangelio esté lleno de cosas inconcebibles?*

Si hubiese oposicion entre la idea de *divinidad* y la de *misterio,* concederiamos que las *cosas inconcebibles* que se encuentran en el Evangelio, pueden balancear sus *caracteres inimitables* de divinidad, y diriamos con Rousseau: *¿qué partido tomar en medio de todas estas contradicciones?* Pero está tan lejos de haber oposicion entre estas dos cosas, que son inseparables y se suponen mutua y necesariamente.

Por consiguiente, la divinidad del Evangelio ecsiste. Si no podemos conocerla, podemos á lo menos concebirla, es verdad, en la esencia de su doctrina y de su accion; pero ecsiste, y esto nos basta; y solamente el olvido mas estravagante, la mas rara confusion de principios pueden sacar, del fondo necesariamente misterioso de esta divinidad, motivo para paralizar la consecuencia *de adoracion* que resulta de sus caracteres inimitables y patentes.—Solamente en particular la hipocresía de un sofista puede querer cohonestar el orgullo de esta rebeldía con aquella falsa ingenuidad, modestia y respeto: "¿Qué partido tomar en medio de todas estas contradicciones? ser siempre modesto y circunspecto, hijo mio, respetar en silencio lo que no sabe uno ni negar ni comprender, y humillarse ante el gran Ser, único que sabe la verdad. Este es el escepticismo involuntario en que he permanecido."

¡Qué buenas armas nos da aquí Rousseau contra sí mismo! ¡Cuán fácil es desenmascararlo y confundirlo por esa sacrílega invocacion del *gran Ser,* bajo la cual desliza su error!

¡El *gran Ser!* . . . . pero Rousseau lo niega implícitamente, y su sistema conduce al ateismo.

"El Dios que yo adoro, ha dicho [tengamos bien presentes estas palabras], no es un Dios de tinieblas; NO ME HA DOTADO DE ENTENDIMIENTO PARA PROHIBIRME SU USO; DECIRME QUE SOMETA MI RAZON, ES ULTRAJAR A SU AUTOR."

A este título, ¿cuál es el Dios á quien adora Rousseau? evidentemente ninguno. Aplicando á su deismo la medida que él mismo hizo para el cristianismo, su escepticismo debe ir mas lejos. *Humillarse ante el gran Ser,* UNICO QUE SABE LA VERDAD, es una inconsecuencia en la cual no puede detenerse: es preciso que retroceda para humillarse ante Jesucristo, ó que pase de largo sin humillarse ante el *gran Ser que le oculta la verdad,* que es *un Dios de tinieblas, que no ilustra su razon, sino que la somete y tiraniza,* y que, como tal, no puede ser *adorado.*

La ecsistencia de Dios se revela sin duda en la naturaleza, por medio de caracteres sublimes y admirables; pero ¿no brilla tambien su revelacion en el Evangelio con *caracteres patentes é inimitables?* Si, á pesar de estos caracteres, lo desconoce en el Evangelio, porque hay en él oscuridades y cosas inconcebibles en su fondo, debe desconocerlo en la naturaleza, en que esas oscuridades son mas profundas y mas mudas, y en que su razon debe humillarse mucho mas para adorarlo.

Luego, ATEISMO: he aquí la consecuencia necesaria del sistema de Rousseau. Y es esto tan esacto, que para eludir el ateismo, se ve obligado á negar este sistema y á proclamar principios diametralmente opuestos á aquellos por los cuales habia querido sustraerse al cristianismo, incurriendo de este modo en la mas palpable contradiccion. —Oigámosle:

. . . . "Por mas que me he dicho: DIOS es así; lo siento, lo esperimento, *no por esto concibo mejor* cómo DIOS puede ser así. En fin, *cuanto mas me esfuerzo en contemplar su* ESENCIA INFINITA, *menos la concibo;* pero ELLA ECSISTE, Y ESTO ME BASTA; *cuanto menos la concibo mas la adoro.* Me humillo y le digo: Ser de los seres, yo ecsisto porque ecsistes tú; meditarte sin cesar es remontarme á mi orígen. EL USO MAS DIGNO QUE PUEDO HACER DE MI RAZON ES ANONADARLA ANTE TÍ; LA ALEGRÍA DE MI ESPÍRITU Y EL ENCANTO DE MI DEBILIDAD ES SENTIRME ABRUMADO POR TU GRANDEZA."

Este es el Dios que Rousseau adora; y sin embargo, dijo luego despues: "El Dios que yo adoro no es un Dios de tinieblas; *no me ha dotado de entendimiento para prohibirme luego su uso;* DECIRME QUE SOMETA MI RAZON ES ULTRAJAR A SU AUTOR . . . *El no tiraniza á mi razon, la ilustra.*" . . . .

He aquí cómo se ve obligado el deista á contradecirse y á proclamar sucesivamente el pro y el contra: *la no-sumision* de la razon para sustraerse al cristianismo, y *la abnegacion* de la razon para sustraerse al ateismo; arrojado del uno y del otro, y no pudiendo fijarse en ninguno de los dos.

Dejémosle flotar de este modo entre el *ateismo y el bautismo de las campanas:* está ya juzgado.

Por lo que á nosotros respeta, concluyamos que la naturaleza de Dios no cambia nunca, cualquiera que sea el modo de su revelacion; que la misma ESENCIA INFINITA que *abate* la razon en la naturaleza, debe *sometérsela* en el Evangelio; que si el Evangelio nos hace conocer mas esta esencia, no puede *revelarla toda,* porque es *infinita;* y que debe estar por lo mismo henchida de cosas inconcebibles que ecsigen la sumision de la razon. Pero del mismo modo que, á pesar de su mayor oscuridad en la naturaleza, no podremos desconocer á Dios y dejar de adorarlo en ciertos caracteres, asimismo en los *grandes, claros é inimitables* caracteres del Evangelio, la razon reconoce y proclama su intervencion sobrenatural. No está la cuestion en saber si la divinidad del Evangelio es geométricamente concebible en su esencia: esto es imposible; pero sí en saber si ECSISTE. Ademas, esta cuestion no es única; el inventor seria mas admirable que el héroe: no la comprendo, pero la afirmo; cuanto menos la concibo, mas la adoro; ECSISTE, ESTO ME BASTA.

Esta certidumbre inmutable deriva de muchísimas fuentes, y llega hasta nosotros, por medio del espíritu y del corazon, de todos los puntos de la doctrina y de la moral de esta santa religion; pero antes de todo descansa sobre el testimonio de los sentidos, sobre *hechos:* los milagros y el cumplimiento de las profecías.

Este es propiamente el asiento de la certidumbre evangélica, pues en él todo es claro y positivo para el que quiere estudiarlo bien: son hechos que pueden comprobarse y ecsaminarse en todos sentidos, y que forman el lado demostrativo de la fé cristiana.

Las demas pruebas deducidas de la doctrina, de su belleza, de su utilidad, de su santidad y de su profunda verdad, pruebas intrínsecas y llenas de armoniosas concordancias que revelan las instrucciones de la suprema sabiduría y los preceptos de la suprema bondad, no deben descuidarse; pero se diferencian de las pruebas estrínsecas, en que no están ni pueden estar enteramente libres de oscuridades, porque corresponden inseparablemente á la esencia misteriosa del cristianismo. Esta tiene siempre y necesariamente un lado tenebroso é incomprensible. Por esto sus pruebas, que pueden confirmar la certidumbre, no pueden crearla siendo aisladas. No producirán evidencia jamas. Se detendrán siempre ante las mas bellas perspectivas y los mas luminosos aspectos de las nubes, de las dificultades y de los estorbos, que reclamarán el ausilio de la fé, que impedirán se formalice una demostracion, y en donde encontrará siempre la razon, en lo que la confunde, pretestos para dudar de lo que mas la encanta.

A esto precisamente vino á parar Rousseau, condenándose, por la negacion sistemática de los hechos sobrenaturales que constituyen las pruebas estrínsecas, á no buscar la prueba de la divinidad del cristianismo mas que en la doctrina. Por mas que dijese, para eludir las pruebas estrínsecas que lo hostigaban, que la doctrina era la *única señal verdaderamente cierta* de la revelacion, y que no tuviese mas *fé sólida y segura* que la que los buenos pensadores deducian de ella, ya hemos visto á lo que vino á parar esta fé cuando se hubo entregado á sí misma, y cómo, á pesar de su bello homenaje á la divinidad del Evangelio, *las cosas inesplicables* que en él encontró se convirtieron para ella en una secreta pendiente, por la cual fué degenerando en deismo, y por fin en ateismo, como su natural consecuencia.

En realidad lo que Rousseau pretendió fué eludir la obligacion de someterse á la verdad, y la sacrificó constantemente á su insensata y vaga independencia. Si apareció por un momento inclinándose ante la doctrina, era para sustraerse á la autoridad de los milagros; y si quiso sustraerse así á la autoridad de los milagros, fué porque esta verdadera prueba lo agobiaba, y no podia sacudirla sino aparentemente.

¿De qué modo hubiera podido lograrlo? Es un hecho; un hecho atestiguado por todas cuantas garantías puede haber en materia de testimonio en los hombres y en las cosas; un hecho consignado en un libro de una autenticidad, ingenuidad y precision incomparables; un hecho cimentado en la sangre de sus autores y testigos; un hecho confesado por sus enemigos mas encarnizados y mas en situacion de contradecirlo; un hecho que fué causa de la ruina del mundo pagano, y que imprimió al cristianismo, en medio de los mas enormes obstáculos, una marcha ascendente, que diez y ocho siglos no han bastado á contener, y que sigue aún á nuestra vista; un hecho, en fin, que no se puede arrancar del campo de la historia, sin conmover todos los cimientos sobre que ésta descansa, y sin violar los mas necesarios principios del órden moral. Dios quiso hacer entrar en esta gran prueba de su religion todas las garantías que forman la certidumbre humana, en lo que tienen de mas selecto, de mas puro y valedero, á fin de que fuésemos sin cesar atraidos hácia su seno por las mismas razones y los mismos instintos que nos hacen creer en todo lo demas, y para que no pudiésemos contradecirla sin contradecir todos los motivos ordinarios de nuestros juicios y acciones. Por este medio la religion, cuya cúspide se pierde en los cielos, y que está rodeada de misterios sublimes, toca á la tierra y obra en ella á la manera de un suceso humano; se reviste de las proporciones y toma la forma sensible y palpable de un hecho histórico; se coloca y encadena con los otros hechos *de que nadie duda,* y aparece al igual de ellos: en una palabra, ó *es una historia,* ó no ha habido historia jamas.

Vaya, pues, el deista dando vueltas al rededor de

este fundamento, y emplee todas las fuerzas de su genio en destruirlo; dejadlo hacer: no logrará mas que poner de manifiesto su impotencia; al fin irá á estrellarse contra esa piedra, ó si consigue moverla, nuevo Sisifo, la verá caérsele encima y sentirá mas que nadie todo su peso. *Qui ceciderit super lapidem istum confringetur: super quem vero ceciderit, conteret eum* (1).

Es, pues, necesario fijarse en esta prueba invencible de los milagros. Forma con la de las profecías el sólido y firme núcleo de la fé cristiana. Sobre ella y en torno suyo van desarrollándose despues los demas elementos de esta fé: la belleza de la doctrina, la santidad de la moral, la suavidad vivificante de la práctica.

Todos estos elementos se combinan entre sí de tal manera, que no se puede tener la fé práctica sino por su reunion, y que hasta el que parece que no debia ser sino producto y consecuencia de todos los otros, se convierte en su principio y medio. Los milagros hacen creer en la doctrina, y la práctica de la doctrina hace creer en los milagros: la fé en los milagros logra hacer milagros.

¿Lo dudais? ¿Quereis saber qué relacion puede haber entre una práctica de religion y el hecho esterior de los milagros?—Vamos á decíroslo: Es que por medio de esta práctica esperimentareis la misma virtud que hizo los milagros, y que en el milagro interior de la curacion de vuestra alma, reconocereis á Aquel que decia á los paralíticos de la Judea: *Levántate, coje tu lecho y anda.*

CAPITULO VI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Para los que no quieren penetrar mucho en el cuerpo de las pruebas, aun estrínsecas, del cristianismo, hay algunas que forman relieve, que por su aislamiento y sencillez se prestan á las disposiciones mas débiles del entendimiento, y que parecen proyectar la luz. Para comprenderlas no son menester investigaciones ni cálculos: se ponen espontáneamente en evidencia, y basta fijar en ellas la vista.

Tales son las tres pruebas siguientes, por las cuales vamos á dar fin al curso de estos *Estudios:*

1º Establecimiento del cristianismo;
2º Efectos del cristianismo;
3º Estabilidad del cristianismo.

La primera de estas pruebas será materia para el presente capítulo, y las otras dos para los dos inmediatos.

Considerado el establecimiento del cristianismo de una manera completa, lleva en sí otras dos pruebas: los milagros y el cumplimiento de las profecías, y por este medio obliga á un reconocimiento inmediato de la divinidad.

(1) Mat., XXI, 44.

Pero separado de estos dos elementos, abstraccion hecha de los milagros y profecías, tomado en sí mismo y aisladamente, el grande hecho del establecimiento del cristianismo y de su rápida propagacion basta tambien para decidir la fé; y hay la ventaja de que, si se puede llegar á discutir su apreciacion, á lo menos no se puede soñar siquiera en eludir su certidumbre.

Esta materia es de las mas debatidas por los apologistas, y nosotros mismos hemos hablado de ella con mucha frecuencia; sin embargo, es de tanto interes para nuestra fé, que creemos deber proponerla tambien á vuestra atencion. Cuando una prueba es decisiva, dice á este propósito Voltaire, cuando es necesaria, ¿debemos evitar el reproducirla? Seria una vanidad criminal y una pueril afectacion. No se trata de variedad, sino de verdad y de argumentos esactos y concluyentes. Esto es lo positivo; de lo demas puede prescindirse.

Primeramente espondremos el fenómeno del establecimiento del cristianismo, y en seguida ecsaminaremos las causas.

§ I.

Para comprender bien toda la fuerza del fenómeno del establecimiento del cristianismo, convendria poder olvidar todo cuanto de él sabemos ya, y recibir su impresion como la de un cuadro que se nos hubiese ocultado hasta aquí, y cuyo velo se nos fuese levantando poco á poco.

Hay que considerar sucesivamente en él tres cosas:

La empresa,
Los medios,
El resultado.

I. El cristianismo se nos ofrece en el dia con un sistema teológico perfectamente deducido y formulado, con una moral profundamente justificada por la esperiencia, con un culto resplandeciente en bellezas, honrado por los reyes, defendido por grandes genios, ecsornado por las bellas artes, alimentando á la tierra con sus beneficios, y apoyado en diez y ocho siglos de pruebas y de triunfos; centro necesario de todos los vínculos y relaciones que ha ido creando en las costumbres, en las leyes y en las instituciones civiles y sociales, y envolviendo al mundo en su luminosa y vivificante atmósfera. En este estado no podemos dejar de ver en él una cosa grande, poderosa, bella, divina; y sin embargo, ¡cuántos entendimientos lo desconocen todavía y lo hostilizan, y de cuántas violencias recientes lleva impresas aún las profundas cicatrices!

Pero despojemos al cristianismo de todos esos adornos, de todos esos frutos, de todos esos testimonios, de todas esas relaciones y de todas esas luces que de sí mismo nos ha dado; quitémosle todo eso y no le dejemos mas que su cruz, su cruz de palo, su pesada y ensangrentada cruz, no siendo aún mas que un patíbulo infame, reservado al suplicio de los esclavos; hagamos descender esta cruz de la corona de los reyes y de lo alto de los templos, y hagámos-

la pasar del centro del mundo á sus estremidades; arrojémosla fuera de él como un objeto de ecsecracion, de horror é infamia, y despues, en presencia de esta cruz oscura, innoble, manchada con la sangre de los mas viles criminales, coloquemos el mundo pagano, ese mundo de la fuerza, de la voluptuosidad, del feroz orgullo y de la mas torpe corrupcion, que toleraba á un Tiberio, un Claudio, un Neron, un Heliogábalo, ¿qué decimos? que les tributaba incienso, y que en cambio de una servidumbre tan brutal no les pedia mas que dos cosas: *pan* y *fiestas*. Considerad que este estado del mundo pagano, cuyo escándalo hemos recordado tantas veces, no era pasajero y accidental, sino el resultado progresivo y como el sumidero universal de la miseria humana desde el orígen de las sociedades. Figuraos que los abominables escesos de que era teatro, no eran solo inspirados por la perversidad primitiva, sino alentados por el ejemplo oficial y público, autorizados por las leyes, consagrados por las religiones, connaturalizados por el hábito, y que á cualquiera lado que uno se volviera, se encontraba abismado en él, vivia en él y se hallaba ligado á él por las preocupaciones del espíritu, las inclinaciones del corazon, el estravío de los sentidos, el temor de los hombres y de Dios, y por la autoridad y como por el peso de las edades.

Proponer á este mundo....¿qué? cambiar por todo el universo las religiones establecidas; renunciar de repente á aquel culto de la idolatría, defendido con la majestad de los antepasados, armado con la supersticion, y sobre todo identificado con los vicios del alma y con las mas violentas y las mas agradables afecciones de la naturaleza. No está todo aquí: arrancar estos vicios no ya solamente de sus templos y de sus altares esteriores, sino de los hábitos de la vida, del fondo de los corazones, de las entrañas del alma; desecharlos y aborrecerlos para recibir en su lugar virtudes rígidas, insensibles, desolantes, crueles con la naturaleza, invisibles, inauditas, y de la mayor parte de las cuales no se habia oido hablar hasta entonces, como la virginidad, el perdon de las injurias, el amor á la pobreza, la penitencia, la caridad, la mansedumbre, la humildad, el sacrificio; es decir, lo contrario de todo cuanto ecsistia, el trastorno de todas las ideas recibidas, la condenacion del mundo y de sí mismo, sin reservarse nada, ni siquiera el mérito del sacrificio, y todo esto para no ser feliz hasta despues de la muerte....Y ¿con qué garantías? porque un hombre crucificado en Jerusalen lo enseñó así, y porque dicen que este hombre se resucitó á sí mismo y subió al cielo, en donde es Dios, no *un* Dios, sino el solo y único Dios, por el cual debemos abandonar todos los demas....Dios crucificado, queriendo ser adorado con su cruz y sobre su cruz, y no solamente adorado, sino seguido é imitado en este mismo estado de sufrimiento y de ignominia.....por todo el mundo.....Proponer, repetimos, esta doctrina con la cruz en la mano, no á algunos adeptos y en algun lugar secreto, sino en las calles y plazas públicas, entre las estatuas de los dioses y las saturnales de su culto, andando por todas partes, de ciudad en ciudad, del Oriente al Occidente; hacer caer el universo á los piés de esta cruz, llevada desde el Gólgota al Capitolio, é imponerla al mundo como el tipo soberano y absoluto, segun el cual debia todo reformarse:

He aquí la empresa.

II. Veamos los medios.

Doce judíos, doce pescadores de un lago de Galilea, que no saben nada, que nada tienen, á las órdenes de Pedro, el menos emprendedor de todos ellos, y á quien ya habian hecho caer las preguntas de una criada .....tal es el ejército del Cristo, tales los conquistadores del universo.—He aquí su consigna:

"Jesus envió así á sus DOCE, despues de haberles dado las siguientes instrucciones: No os atareeis por tener oro ó plata en vuestro bolsillo;.....no penseis nunca en cómo debereis hablar.....Cuando alguno no os quiera recibir, salid de la casa ó de la ciudad, sacudiendo el polvo de vuestros piés.... Yo os envío como corderos en medio de lobos.... os harán comparecer en sus asambleas, os azotarán en sus sinagogas, y siempre sereis perseguidos por mi causa (1). De este modo dareis testimonio del Crucificado, en Jerusalen y en toda la Judea, y en Samaria, y hasta los términos de la tierra. Id, pues, por todo el universo á predicar el Evangelio á toda criatura, y acordaos de que yo, que me voy y á quien ya no vereis mas, estaré sin embargo con vosotros hasta el fin del mundo." (2).

Cree uno estar soñando y ser víctima de un delirio falaz, cuando abstraccion hecha de la divinidad de Jesucristo, de su resurreccion verdadera y de su sobrenatural asistencia, fija la atencion en ese complot, urdido de este modo por doce hombres insignificantes, contra el universo. No sabemos qué estrañar mas, si la locura de la empresa ó la estravagancia de los medios. Y se admira el completo desprecio de toda prudencia humana, con que el autor del cristianismo concibió alcanzar lo mas gigantesco que haya ecsistido jamas, por medio de lo mas ínfimo de todo, y rehacerlo todo valiéndose de la casi nada: esto es, la eleccion de lo imposible; es decir, que es el divertimiento de un loco, si no es el de un Dios: los sucesos lo habian de decidir.

Apelamos sin temor á toda razon bastante escenta de preocupaciones para poder ver las cosas como en sí son: ¿no es así como se presenta la empresa del cristianismo? y si el orígen nos fuese desconocido, ¿no consentiriamos en ver en su resultado, el mas increible, y probado que estuviese, el mas decisivo de todos los milagros?

III. Pues bien, este milagro se realizó. El resultado mas rápido, mas inmenso y permanente vino á resolver decididamente la cuestion, y á hacer brillar la divinidad del principio en la nada de los medios. Nuestros doce pescadores, despues de haber aceptado el encargo de ir por todo el universo á predicar el Evangelio *á toda criatura*, se repartie-

(1) Mat., X; Luc., IX; Mar., VI.
(2) *Hechos*, I; Mat., XXVIII.